



# AINKAA

---

Revista de Estudiantes de Ciencia Política  
Volumen 3 - N° 5 / e-ISSN: 2590-7832  
Enero - junio de 2019

Silva, Renán.  
(2014). *Lugar  
de dudas. Sobre la  
práctica del análisis  
histórico: breviario de  
inseguridades*. Bogotá:  
Universidad  
de los Andes

---

Joan Manuel Largo Vargas  
Universidad Nacional de Colombia  
Sede Medellín





AINKAA

---

# Silva, Renán. (2014). Lugar de dudas. Sobre la práctica del análisis histórico: breviario de inseguridades. Bogotá: Universidad de los Andes

---

Joan Manuel Largo Vargas<sup>1</sup>

## Resumen

Este texto pretende analizar críticamente el libro de reciente aparición del profesor Renán Silva Olarte, a través de una reconstrucción de sus afirmaciones y la discusión de algunas propuestas. Se hace un recorrido, un tanto esquemático, por los temas que aborda el autor, recogiendo las citas textuales que contienen el grueso de algunas afirmaciones, y subrayando probables contradicciones con los respectivos argumentos del caso. Se ha intentado mostrar que existe un desbalance entre las referencias teóricas de autores clásicos y el análisis de las experiencias historiográficas recientes en Colombia. Así mismo, se concluye que, más que un lugar de dudas o de preguntas abiertas, el libro reseñado propone unas ponderaciones definitivas, casi incuestionables, lo que puede parecer problemático, toda vez que no se referencia siempre a los destinatarios puntuales de la crítica.

**Palabras clave:** historiografía, pasado, crítica.

---

1. Historiador, candidato a Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, autor de los artículos: Higiene, pueblo y sanidad en Cali. Instituciones, prácticas e imaginarios. 1945- 1950. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 20(1), 2015 y Sindicatos y trabajadores en la construcción de los imaginarios sobre el pueblo. Cali 1945-1950. *Historia y Espacio*, 42, 2014. Correo electrónico: [jmlargov@unal.edu.co](mailto:jmlargov@unal.edu.co)

Para quienes conozcan la rigurosidad y la agudeza de los trabajos, ya clásicos, de Renán Silva, no les será difícil imaginar que esta nueva entrega representa una visión personal y decidida del oficio del investigador en las ciencias históricas<sup>2</sup>. Pero lo cierto es que este nuevo libro del destacado profesor de la Universidad de Los Andes, se presenta más como una especie de balance sobre la singular historiografía colombiana, la cual, si nos apegamos al dictamen del autor, tal vez no sea más que un exangüe e insignificante cúmulo de desaciertos e ingenuidades. El trabajo es introducido evocando una “crítica paradójica” que hacía en su momento Norbert Elias a los oficientes del análisis histórico hace casi un siglo, pues carecían de un aparato de verificabilidad o cientificidad. Esa antológica crítica resultaba paradójica en la medida en que, paralelamente a su formulación, aparecían los fundadores de la llamada “Escuela de los Annales”, subvirtiendo ciertas falencias. Después, el autor se centra en el caso colombiano y propone el punto de partida de su trabajo: la llamada “nueva historia colombiana (1960-1980)” fue un “corto veranillo”, y:

la mayor parte de sus logros se vino a tierra, pues ante el dominio creciente del posmodernismo en todas sus variantes [...] no hubo el tiempo ni la decisión necesarios para haber fundamentado una tradición de estudios históricos que pudiera resistir la avalancha de la academia estadounidense (Silva, 2014, p. 17).

2. Los ensayos reunidos bajo el afortunado título “A la sombra de Clío”, por ejemplo, son precisamente eso: Silva (2007).

El profesor reconoce —de pasada y sin ninguna particularización— que también habría aspectos positivos de ese proceso, pero que decidió tomar solo uno de los negativos: los estudios históricos se resumieron a la mera escritura, sin ningún examen crítico. Ese traumatismo, afirma el autor, ha producido dos efectos que destrukturan el oficio del historiador; por una parte se piensa que este oficio no está condicionado por el lugar social, y por otra, se prescinde de todos los recursos epistemológicos a la hora de la enseñanza y de la investigación. Es en ese sentido que, para el autor, las “mitologías de la memoria histórica”, lo “étnico”, lo “ancestral” y “la idea de las víctimas eternas de las élites y del control social”, constituyen un “nacionalismo criollo” que ha sido constante en las explicaciones históricas colombianas (Silva, 2014, p. 23). En primera instancia, revisa la dicotomía Historia y Ficción, acudiendo a Carlo Ginzburg para complejizar esa división: más que un desencuentro se trata de una relación de fuerzas, cambiante y discontinua (Silva, 2014, p. 27), una diferencia que debe rehistorizarse (Silva, 2014, p. 30). Aquí se encuentra un llamado a historizar, no solo los objetos de estudio, sino también las herramientas utilizadas para investigar, pues las categorías analíticas contienen residuos de sus épocas, cosa que el historiador debería conjurar (Silva, 2014, pp. 38-39). Esta reflexión cierra con una observación generosa: no todos los textos de literatura son divertidos e imaginativos, y algunos textos eruditos pueden llegar a ser fantásticos.

Silva también demuestra por qué es recomendable que el historiador se acerque a clásicos de la etnografía que aborden la diversidad humana. Hay una relación entre intereses, conocimiento y afectos —explica el autor—, y desde ahí podría explicarse el “populismo” y “cristianismo de élite” de “quienes hablan hoy de negros y de indios” (Silva, 2014, p. 45). Más que una inseguridad, o una mirada crítica a cierta bibliografía, lo que se lee acá es una certeza, fuerte si se observa la formulación del autor, pero difusa a los ojos del lector, pues esos “quienes”, tan ingenuos y desacertados, no son mencionados ni referenciados puntualmente. Esos “quienes” han abordado el problema de una forma en apariencia desinteresada y carente de supuestos, afirma el autor, siendo de cualquier forma imposible contrastar su afirmación, pues los “populistas” autores no figuran con nombre propio. No es difícil seguir algunas discusiones teóricas del autor, como por ejemplo la útil afirmación de que las grandes obras de análisis histórico se han ocupado del papel transformador del tiempo (Braudel con *El Mediterráneo*, Elías con *El proceso de la civilización*, Bloch con *La sociedad feudal*); sin embargo esta aproximación, que si es juiciosa en la referencia a sus autores, desentona con el anónimo reclamo antes mencionado.

El autor se pregunta si en las últimas décadas del siglo XX no se ha vuelto a ese problema de la naturalización, que en su momento criticó Karl Marx; si con temas como las huellas de la africanía, las formaciones ancestrales y las búsquedas identitarias, se ha regresado a la idea de “naturaleza humana”,

solo que “en esta oportunidad no como naturaleza humana universal, sino peor, como naturaleza inmutable de grupo” (Silva, 2014, p. 54). Acá, nuevamente, es obligatorio imaginar al receptor de tales críticas. La idea de que el pasado es un país extraño más no incognoscible, cierra Silva, debe llevarse al corazón mismo del sujeto histórico, no solo en elementos externos; y además no puede ser censurado por nuestras barreras éticas, religiosas o políticas (Silva, 2014, p. 56).

No obstante, hay que resaltar que aquí la discusión parece derivar en una suerte de conservadurismo conceptual, que hace pensar en la incapacidad de utilizar herramientas teóricas, las mismas que Silva reclama en su primer capítulo. Lo ideal pareciera ser no utilizar categorías que no pertenezcan al período estudiado, con lo cual se volvería al problema que el mismo Silva retomaba en sus apartados iniciales: la ausencia de un aparato de verificabilidad. Y claro, es justo cuando habla del Antiguo Régimen, que se entiende que, más allá o incluso a pesar de las diferencias, existe un marco de referencia común (relaciones sociales, instituciones, lógicas económicas, etcétera), pero no es recomendable obviar, aun con riesgo de ser anacrónico, fenómenos como la exclusión social o la segregación espacial, que por supuesto podrían tener sentidos diferentes a los que el historiador encuentra en su presente; pero no por ello se debe evitar una mirada crítica a estas lógicas, no desde una mirada ética o religiosa, sino con la consciencia de estudiosos que parten de un presente para indagar por su pasado, y observando los aspectos problemáticos de los “marcos de

referencia” del pasado, en una fusión de horizontes que no opaque ni a lo observado ni al observador.

Recordemos que el mismo Pierre Bourdieu —a quien acude varias veces el autor del libro—, habla del *Sentido Común* como un instrumento de poder y jerarquización, tanto para las élites como para los sectores no hegemónicos podía existir una completa naturalidad con sus modos de vida; ahora, pensar que esto no puede no ser visto a la luz de una mirada crítica, y así asumir que tales relaciones sociales no llevaban tras de sí un esquema de relaciones desiguales y jerárquicas, resultaría desacertado. Tal vez la respuesta sea blindar el análisis; el pasado es un país extraño, si, como bellamente lo ha mostrado Marc Bloch —“Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño” (1952, p. 22)— como con algo de sorna lo indicaba ya Hayden White (1992), y como brillantemente lo puso en evidencia Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*. El último, por ejemplo, utilizó una noción (de un modo implícito y no con jergas repetitivas) de Mijail Bajtin, la “circularidad”, y se atrevió a hablar de la oposición “tradición oral-letrada”, para aproximarse a sujetos del siglo XVI (Ginzburg, 1981). En suma, frente a lo que plantea el libro, vale la pena afirmar que una mirada crítica del pasado no siempre desconoce el marco social, así se haga mención de categorías que el grupo social no empleaba en su cotidianidad.

Otra tendencia actual, señala el autor en su reflexión crítica sobre la historia del presente, es pensar el presente en términos de absoluto. En Colombia sucede entonces que se habla de una “Cultura de la Violencia”, y se quiere buscar en todas partes muestras de ello; de ahí las dificultades para entender el periodo 1905-1946 de crecimiento democrático, o de entender el Frente Nacional, apunta Silva. Así, se pregunta entonces cómo se ha podido reproducir esa visión en nuestro medio, una suerte de “catastrofismo” o “fracasomanía”, y cómo superarla sin caer en una “leyenda rosa”. Una de las vertientes de ese clima sería el marxismo, junto a otra vertiente, como la filosofía francesa traducida desde EE.UU., la cual sobredimensionaría nociones como “poder”, “control”, “dominación”, etc. (Silva, 2014, p. 75). Así mismo, el etnocentrismo y el anacronismo serán problemas que suceden a la generalización de la experiencia propia como universal; Silva ejemplifica esta cuestión con las nociones de “modo de producción”, en su versión “confusa”, y la de “historia del arte”. Estos anacronismos o etnocentrismos no son errores individuales o simples descuidos para Renán Silva, al contrario, encarnan elementos del sentido común de las sociedades. La de Colombia, por ejemplo, sería una sociedad fragmentada, donde la gente no se encuentra ni comparte espacios, estas existencias fragmentadas:

crean inexistentes ombligos del mundo que remiten a universos encerrados, provincianos, que son el alimento de juicios unilate-

rales y de prejuicios sobre todo otro que no se parezca a la propia representación, regularmente falsa, que hemos hecho de nosotros, de nuestro pequeño entorno familiar, barrial, escolar (Silva, 2014, p. 94).

En un sentido cercano, el problema del lenguaje, sería también uno de los obstáculos mayores del analista de la sociedad, por su carácter social de uso y sus significados cambiantes:

No se trata de que el lenguaje sea el reflejo directo de la sociedad, el testimonio pasivo de la forma como las cosas transcurrían en una cierta época; es simplemente que se trata del punto inicial donde los enigmas empiezan a aparecer, con su carácter complejo de indicaciones que al mismo tiempo se ofrecen como pistas sobre el mundo de las relaciones y como lugares de engaño y de distorsión acerca de la naturaleza de esas relaciones (Silva, 2014, p. 104).

Para ello el autor decide ahondar en un ejemplo que conoce bien, el de la equívocamente llamada “sociedad colonial”. Este apartado constituye una de las mejores partes del libro, ya que hay una mención precisa de aquellos investigadores a quienes crítica.

El último apartado es una denuncia, nuevamente sin destinatario, titulada: “La causa suma, consuela, otorga prestigio, da patente de superioridad moral y nos permite tener buena consciencia frente al prójimo”. Aquí se da un paso importante en la argumentación, pues esos anacronismos y etnocentrismos diagnosticados

previamente, se “mimetizan en la idea actual de compromiso político” idea que “se ha vuelto a introducir en las ciencias sociales por los militantes del género, de lo étnico, de las minorías, de lo raizal y ancestral y de las alteridades exacerbadas” (Silva, 2014, p. 127). A finales de siglo XX, han vuelto entonces los “mesianismos”, “encarnados no ya en la figura sacrosanta del proletariado ni del campesinado, sino en las de las minorías étnicas o sexuales, en el combate por las diferencias y alteridades” (Silva, 2014, p. 129); las militancias de las décadas de los 60 y 70 sí fueron productivas, y aunque problemáticas y destructivas son de admirar (Silva, 2014, p. 132). Lo de hoy, simple y llanamente, es una “retórica de salón de clase y revista universitaria”; el corolario parece inevitable para el profesor. Habría una contradicción en el hecho de que se denuncien “los males sociales” y se acepten las instancias de legitimidad del trabajo académico. La “gran crítica universitaria” de nuestra época, sería “un juego de sociedad”; y es por esto que el compromiso político no puede sustituir la formación crítica del análisis de la sociedad, sentencia Renán Silva. La “actitud enojada”, nos dice, nubla el análisis.

En sus conclusiones Silva logra una de las partes más luminosas y productivas del texto, toda vez que recoge, en negro sobre blanco, una crítica que es fundamental en Colombia: el hecho de que cualquier persona con dominio de un tema general se sienta autorizada para construir una historia del mismo, como si el interés por las antigüedades fuese suficiente para historiar (Silva, 2014, p. 144). Y otra apreciación

brillante y necesaria, aunque no formulada textualmente de esta forma, es que no se nos enseña a los historiadores a leer a otros historiadores: ignoramos los contextos políticos y sociales de las “realizaciones historiográficas” (Silva, 2014, p. 145), recibiendo, en cambio, versiones de manual. Sin embargo, los responsables parecen ser los mismos historiadores, sostiene Silva, en cuanto reemplazan las dificultades del análisis en el oficio, por el dominio de una teoría social o la reflexión sobre las fuentes. Al contrario, padecen una tendencia al simplismo, que se ocultaría en el uso de palabras como “élite”, “poder” y “exclusión” (Silva, 2014, p. 139). Cabe anotar frente a cuestiones como esta, y a modo de crítica, que aunque el libro se presenta como un breviario de inseguridades, varios de sus apartados parecen mostrar que no son ni tantas ni tan grandes las faltas de certeza; curiosamente, Silva repite en unas buenas ocasiones que “no creo que haya ninguna duda” o “no caben dudas” (Silva, 2014, pp. 181 y 184); “No me quedan mayores dudas”; “No tengo mayores dudas” (Silva, 2014, p. 95).

Como lector, se puede aceptar que el trabajo del historiador no se agota en los temas de la memoria, por supuesto. Pero esta pregunta surge inmediatamente después de terminar el libro de Renán Silva: ¿Cómo y cuándo ha sido sustituida la crítica universitaria por un juego de sociedad? No para negar que hubo tal cambio, sino para usar las mismas coordenadas del autor, y exigir “contextos políticos y sociales”, para entender esas casi que bobaliconas realizaciones historiográficas nacionales.

En conclusión, la enconada crítica del libro hacia los avances recientes de la historiografía colombiana pocas veces encuentra un destinatario. El lector ignora a qué le llama Silva “lo étnico”, a qué se refiere cuando ironiza sobre estudios que aumentarían el carácter de control de las élites; todo eso en un saco etiquetado como “nacionalismo criollo”. Es, por demás, muy difícil creer que, a varias décadas del trabajo pionero de Jaime Jaramillo Uribe, no se haya llegado al menos un poco más lejos en algunas explicaciones y que todos los intentos de análisis histórico hayan quedado relegados a eso que el profesor Silva llama “nacionalismo criollo”. Pareciera que los avances académicos de las últimas décadas para la historiografía colombiana —creación de programas de historia, aparición de revistas arbitradas (Rueda, 2011)— son un simple efecto de ciertas oscuras conciencias, cándidas hasta el absurdo, y además colonizadas por la “academia estadounidense”. Es cierto que un componente nacionalista sigue flotando sobre ciertas perspectivas historiográficas, especialmente las de origen no académico, pero no es fácil despacharse de un plumazo los más de 30 años de ejercicio profesional de la historiografía colombiana —endémicamente débil, por supuesto, como en varios casos latinoamericanos— y desautorizando así, implícitamente, las posibilidades de seguir construyendo un campo disciplinar.

## Referencias

- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ginzburg, C. (1981). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.
- Rueda, J. (2011). Balance historiográfico de una nación fragmentada y en conflicto, 1999-2009. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, XLV (79/80), 193-252.
- Silva, R. (2007). *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta.
- Silva, R. (2014). *Lugar de dudas. Sobre la práctica del análisis histórico: breviario de inseguridades*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- White, H. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.



AINKAA 